

1 Pedro 2:19-25

Pascua 4 2014 1 Pedro 2:19-25 Hechos 6:1-9; 7:2a, 51-60 Jn 10:1-10

Lo que merece aprobación es que alguien, a causa de la conciencia delante de Dios, sufra molestias padeciendo injustamente, pues ¿qué mérito tiene el soportar que os abofeteen si habéis pecado? Pero si por hacer lo que es bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas. Él no cometió pecado ni se halló engaño en su boca. Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente. Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia. ¡Por su herida habéis sido sanados! Vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas. (1 Pedro 2.19–25)

A veces se oye la expresión: ¿Hasta cuándo permitirá Dios tanta injusticia? La impaciencia que esta frase muchas veces encierra puede de hecho llevar a muchos pecados. En nuestro texto de esta mañana, San Pedro nos guía a mirar el ejemplo de Cristo para evitar las tentaciones a tomar los asuntos en nuestras propias manos, mostrándonos más bien el ejemplo del sufrimiento paciente de Cristo en nuestro beneficio, que finalmente llevó a la glorificación de Cristo y a nuestra salvación.

La situación específica a que se está refiriendo en esta parte del capítulo 2 de su epístola es la de los esclavos en la sociedad romana. En el versículo 18 Pedro amonesta a los esclavos que son cristianos: “Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos, no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar”. La situación del esclavo es tal que está sujeto a su amo. Esto puede ser más fácil de aceptar cuando el amo se porta de manera respetuosa y es considerado aun de las personas que socialmente están sujetos a él, los “buenos y afables”, pero es inevitable que habrá otros amos que son crueles e injustos y maltratan a sus siervos. Pedro ha indicado que sea cual fuera la clase de amo que tenga un esclavo cristiano, su deber es estar sujeto con todo respeto. Pero también sabe que los cristianos maltratados, especialmente cuando el maltrato es especialmente porque son cristianos, es una prueba muy difícil. Por eso les orienta con las palabras de nuestro texto, que hacen claro que realmente los principios que se aplican aquí a esclavos tienen aplicación directa a todos los creyentes.

Estar sujeto con todo respeto a los amos “difíciles de soportar” implica el sufrimiento injusto. Como un estímulo a hacer lo correcto, Pedro recuerda a sus lectores que Dios se agrada de que soporten el maltrato con paciencia cuando se hace motivado precisamente por su fe en Dios. “Lo que merece aprobación es que alguien, a causa de la conciencia delante de Dios, sufra molestias padeciendo injustamente”. No es sólo el sufrir que merece aprobación, sino más bien el adoptar la actitud paciente

aun en el sufrimiento “a causa de la conciencia delante de Dios”, o tal vez mejor traducido: “por estar consciente de Dios”.

Estar consciente de Dios quiere decir saber que Dios ve todo, que él es justo, y que podemos dejar las cosas en sus manos. Es poner más importancia en lo que agrada a Dios que lo que puede venir como un impulso de responder abusiva o rebeldemente que proviene de nuestra carne pecaminosa.

El valor, entonces, es sufrir abuso con paciencia, pero eso no es en sí lo que trae aprobación de parte de Dios. Pedro menciona una situación en que nadie diría que hay alguna virtud especial en sufrir pacientemente. “Pues ¿qué mérito tiene el soportar que os abofeteen si habéis pecado?” Nadie dirá que eso es algo especialmente notable. Si hemos merecido el castigo que se nos aplica, no hay algo especialmente loable en aceptar ese castigo.

“Pero si por hacer lo que es bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios”. ¿Qué es “hacer lo bueno” en este contexto? Puesto que el sufrir mal es por la conciencia de Dios, debe ser precisamente porque dejan que Dios determine lo que debe ser su conducta. En el caso en que un amo, disgustado porque su esclavo se ha convertido en cristiano, le ordena hacer cosas que el cristiano no puede hacer con buena conciencia, y luego lo castiga por desobediencia, ha hecho lo que es bueno delante de Dios, y por eso mismo sufre. Aceptar esto con paciencia, dice Pedro, es aprobado por Dios. Dios mismo evalúa esa conducta como agradable a él.

Así que, aquí tenemos la primera razón por este aceptar con paciencia el sufrimiento a manos de un amo injusto. Es porque esto agrada a Dios. Es por la conciencia de que Dios ve todo esto y que él mismo lo evalúa positivamente.

Pero lo que pasa con los esclavos no es exclusivamente la situación de ellos. Lo mismo puede pasar en cualquier situación en que hay uno que socialmente es superior y otro es inferior. Situaciones como de un ciudadano cristiano enfrentando un gobierno que ha adoptado una actitud de hostilidad a la religión cristiana, alumnos que están sujetos a sus profesores, empleados que pueden ser perseguidos por jefes injustos que maltratan a sus subordinados por practicar abiertamente su fe cristiana. Todas estas situaciones tienen la potencialidad de producir sufrimiento injusto. Y el consejo de Pedro sigue siendo lo mismo en todas estas situaciones. Recuerden que Dios ve todo, y él aprueba el sufrir esos abusos con paciencia. Finalmente, sólo su juicio vale, porque Dios es el que juzga rectamente y es aquel ante quien todo ser humano va a tener que comparecer para enfrentar el juicio.

Pero todavía esto es difícil de hacer. Así que Pedro nos estimula más recordándonos el ejemplo que Jesús mismo nos ha dejado, y todo lo que él ha hecho por nosotros con su paciente sufrimiento del abuso y el maltrato.

“Para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pisadas”. El sufrir pacientemente cuando somos maltratados por causa de nuestra fe cristiana es parte de aquello a lo cual fuimos llamados cuando llegamos a ser cristianos.

Creemos que el sufrimiento de Cristo resultó en nuestro eterno beneficio. Y uno de los temas de Pedro en toda su epístola es que el camino a la gloria para nosotros también es ser conformados al sufrimiento de Cristo. Primero el sufrimiento, después de gloria se podría tomar como el tema de toda la Primera Carta de Pedro.

¿Qué específicamente es ejemplar también para la conducta cristiana cuando venga el sufrimiento injusto? En primer lugar, controló su boca. Su sufrimiento fue el sufrimiento de un inocente, pero no respondió con palabras de recriminación ni abusivas. “Él no cometió pecado ni se halló engaño en su boca”. Demostró su paciencia en el sufrimiento en formas muy específicas. “Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba”. Lo vemos en el silencio de Jesús ante sus acusadores. Lo vemos en su orar por los mismos que lo estaban crucificando: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Y es lo que Jesús enseñó a sus creyentes también. En el Sermón del monte dijo: “Oísteis que fue dicho: ‘Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo’. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:43–48).

¿Cómo pudo Jesús adoptar esta actitud, y cómo podemos nosotros? Pedro nos indica cuando nos muestra otro aspecto del ejemplo de Cristo. “Sino que encomendaba la causa al que juzga justamente”. Confió que Dios lo reivindicaría finalmente. No tuvo que tomar cartas en el asunto. Podía dejar que sus adversarios hicieran lo peor que podían, seguro de que el resultado sería finalmente su glorificación. Así el autor de la Epístola a los Hebreos amonesta a los cristianos a seguir con paciencia su carrera, “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12.2).

Y gracias a Dios que Jesús fue fiel en someterse pacientemente a todo lo que le pasó en su juicio y la cruz. Esto ha resultado para nosotros en eterna salvación. “Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia. ¡Por su herida habéis sido sanados!”. Cuando no olvidamos esto, cuando mantenemos nuestros ojos en Jesús y como él encomendamos nuestra causa al que juzga justamente, podemos perdonar a los que nos

han herido. Podemos orar para que Dios perdone a los que nos han hecho el mal. Podemos estar pacientes, dejando todo en las manos de aquel que siempre hará lo que es mejor para nosotros y que ha determinado en su gracia salvarnos de nuestro propio pecado y mal. Entonces sabremos que Dios puede tomar aun el corazón de los adversarios y convertirlos para hacerlos discípulos de Jesús igual como hizo con nosotros. O si persisten hasta el fin en su maldad, sabemos que enfrentarán un juez implacable. Recordemos. “Vosotros erais como ovejas descarriadas”. Nosotros merecimos el castigo tanto como los que nos han hecho mal. Pero Dios tuvo piedad, y no nos castigó en el infierno. ¿No podemos desear lo mismo para los que ahora hagan mal a nosotros? “Pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas”. ¿Se dan cuenta? El mismo que sufrió y murió, el mismo de quien los discípulos de Emaús en el texto del domingo pasado dijeron “Esperábamos que él fuera el que había de redimir a Israel”, ahora vive y dirige y protege la vida de su grey. Y en su gracia Dios ha convertido nuestros corazones a él. Ahora él es realmente nuestro Buen Pastor. Siguiendo fielmente a él, podemos estar seguros también de que él será el obispo de nuestras almas, el que nos vigila y nos protege para la eternidad. Allí está el secreto de sufrir con paciencia lo que esta vida nos puede traer. Amén.